

za casi a cada instante de mi vida. Quizás sea religioso o, como los indios que mambread, me gusta estar en un momento plácido. Cumplo, leo, me entero, trato de interpretar el mundo con mis condiciones.

«A los pilotos les gusta volar, a los marineros el mar, a las putas la noche, a los poetas el mundo revelado. Yo no tengo sino lo mío. Estoy más seguro acostumbándome a mí. Si no supiera donde está mi dicha, sería un desgraciado buscándola. Entiendo lo que puedo, invento lo poco que me sale. Pero no me perdo no aburrirme. Encuentro en el placer de tener mi tiempo una especie de religión. Cuando oficio en mis actividades, soy efectivo, explico lo que para mí es posible. La muerte se me hace innecesaria. Cuando disfruto de la vida como puedo, no pierdo el tiempo, pero tampoco creo ganármelo.

«Lo que conozco lo uso y, ya conocido, es como una mina de oro que no puedo dejar de explotar. La felicidad está en la paz y la paz se consigue con la curiosidad de uno mismo. Si yo pudiera escribir, pintar, hacer películas, encontraría la misma paz que tengo. Comparto todo lo que busco. Creí ser jovial pero nunca, desde chiquito, me gustó el mundo de lo común. Yo soy un curioso y creo me sé conocer. Ofrezco lo que puedo y tengo mi manera de pasarla. Me da pánico aburrirme y, sobre todo, tratar de entretenerme con lo que no me interesa o no me gusta. Me cuesta trabajo, pero tengo mi silencio adquirido con mi inagotable inocencia que no quiero perder.»

Leer este libro es adentrarse en la historia fílmica de Colombia y en los matices perceptivos de otra voz y otra mirada que aporta desde su creatividad.

A.N.

CAMPOS GARCÍA, Jesús  
**A ciegas**  
Hondarribia, Hiru, 2008

Ya hemos señalado en otras ocasiones los numerosos premios que ha recibido este autor; aquí recordaremos tan sólo el Nacional de Literatura Dramática por *Naufragar en Internet* cuyo tema central es la muerte, como en *Danza de ausencia*, porque el problema del hombre es siempre central en la obra de Jesús Campos. Aquí también la preocupación es metafísica y la desarrolla según su estilo personal siendo un hombre de teatro completo que se ocupa no sólo del texto, sino de todos los aspectos de la puesta en escena.

Es difícil enmarcar esta obra como ya se anuncia en el título y, sobre todo, en el subtítulo: «Auto sacro de realismo inverosímil o de irrealidad verosímil (Aproximadamente)». En efecto, Jesús Campos concibe la idea al margen de todo formato teatral y la desarrolla libre de vínculos en direcciones espontáneas, al dictado de su propia dinámica interna, hasta alcanzar una geometría final. La obra cae en algún lugar del universo formal teatral y es trabajo del crítico identificar sus coordenadas. Así se descubren elementos de géneros teatrales pertenecientes al *humus* formativo y cultural del autor (sainete, absurdo, auto sacramental, vodevil, etc.), pero, como en toda genuina creación humana, queda siempre algo más, algo irreductible, no reconducible a hallazgos precedentes.

La trama es disparatada: un personaje de voz masculina, acompañado de otro, va a dar a luz y espera en su casa a una comadrona que les ayude en el parto, pero, por azar, llama a la puerta un extraterrestre a quien, en un primer momento, se le confunde con la profesional. En el exterior, como telón de fondo, la guerra: una «guerra endémica», a la que los periódicos cambian de nombre «pero es siempre la misma». Los dos personajes no son homosexuales sino solamente «dos hombres que han decidido tener un hijo al margen de la sexualidad». Todo es fruto de «un deseo irrefrenable, la necesidad de materializar una idea» y pronto tendrán en sus «brazos el hijo de la idea». La obra presenta una situación absurda, cual es la maternidad y parto de un hombre, y concluye con otra no menor: la recreación del Universo y el misterio de la Santísima Trinidad.

El propio autor define a sus protagonistas en el elenco de personajes: El Uno, «Hombre que piensa» y El Otro, «Hombre que actúa». También describe su aspecto: El Uno «con barba blanca y voz grave» y El Otro «con barba de color castaño oscuro y voz acerada», aunque el espectador no llegará a verlos hasta el final cuando una luz celeste romperá la densa tiniebla en que se desenvuelve todo el espectáculo.

*A ciegas* se estrenó en el Museo del Ferrocarril en el marco del Festival de Otoño de 1997 y logró un éxito extraordinario de crítica y de público. Se repuso en el Teatro Galileo en 2007 y podemos asegurar que el efecto de la oscuridad nos pareció aún más intenso. El espectador podía percibir lo que ocurría sólo a través del oído, del tacto y del olfato, pero sin incurrir en estridencia alguna. Más bien, al contrario, estos efectos estaban calibrados de manera

puntual y con mesura, como se puede deducir de la lectura de las acotaciones.

Sin duda *A ciegas*, pieza inteligente, divertida y bien estructurada, permanecerá como referencia de un fenómeno teatral fuera de las corrientes convencionales, de los encasillamientos canónicos. En el contenido intelectual, preponderante en nuestro caso dado el minimalismo escénico, el autor reconoce explícitamente su deuda al mito bíblico del Génesis en el que «la tierra estaba confusa y vacía y las tinieblas cubrían el abismo», para retomar tácticamente el apunte paulino por el que «la creación entera [...] gime y siente dolores de parto». También primordial, aunque más propia de la cosmovisión oriental, es la concepción cíclica de la existencia, que el autor actualiza en su cita nietzscheana, mientras toma del pensamiento clásico referencias a la intuición platónica sobre la realidad y el mundo de las ideas. Se pueden encontrar más elementos, explícitos o implícitos, de la historia del pensamiento humano, como Hegel, Nietzsche o San Agustín, pero esta labor obvia de análisis yerra en el objetivo: es la amalgama de cotidianos y disparatados diálogos lo que contiene el elemento original, creativo, como una propiedad emergente.

Corresponde al espectador, copartícipe en su alumbramiento desde el oscuro interior de este espacio amniótico en que convierte la sala teatral, encontrar los nuevos significados, que el autor confía en gran medida a su subjetividad. Y el mismo Campos ha definido su propuesta como «una aventura en la oscuridad de la que cada cual, según su mirada, obtendrá distinta luz». El tema filosófico del diálogo no obsta para que se trate de una comedia divertida por su lenguaje sainetero, rasgos de humor y situaciones inverosímiles, así como por las sensaciones que producen los efectos especiales en la más profunda oscuridad.

Magda Ruggeri Marchetti

CABRERA, Daniel H. (Coord.)  
**Fragmentos del caos. Filosofía, sujeto y sociedad en Cornelius Castoriadis**  
Buenos Aires, Biblos, 2008

**Grietas en la pared del laberinto**

La muerte de Castoriadis dejó la estela de una obra inconclusa, y un mar de sugerencias y posibilidades que estimulan y muchas veces desbordan a sus lectores. Él mismo, que tuvo al tiempo y al devenir...